

la actriz que había arrancado lágrimas, conmovido el corazón, traído la risa á los labios, regocijado y elevado el espíritu de sus contemporáneos, poniéndoles en contacto con la belleza y el arte, sirviéndoles la sal cómica para que sazonzase su vida y la ambrosía clásica para que nutriese su inteligencia; la actriz, vuelvo á decir, no podía enterrarse en sagrado, y sus despojos corrían la suerte del cuerpo muerto del perro ó del loro favorito, que á deshora esconde un criado en cualquier rincón del patio ó del jardín.

La condecoración que hoy brilla en el pecho de Sara Bernhardt es, á mi ver, desagravio de una de estas atrocidades sociales, cometida en 1730 en la persona de la ilustre comedianta Adriana Lecouvreur. La indignación que produjo el sepelio de Adriana, las protestas y quejas de los filósofos y de los escritores, influyen, después de tantos años, para que el gobierno francés dé alta y pública señal de respeto y de agrado á la profesión que ejerció Adriana, y la pongan en su propia esfera, al nivel de la virtud heroica, del valor militar, de los descubrimientos y trabajos científicos, de los servicios prestados á la patria en cualquier orden de la actividad humana. Más que recompensa á Sara Bernhardt, significa reparación á la memoria de Adriana Lecouvreur.

El mismo día que leí la noticia de que Sara había sido agraciada con la Legión de Honor, casualmente vino á mis manos un libro en que se refiere con nuevos datos la vida y fin de Adriana. Pocas novelas ofrecen mayor interés; y en efecto, ¿qué es la mejor novela, sino un mal retrato de la realidad? El drama de Scribe y Legouvé, titulado *Adriana Lecouvreur*, que estrenó Raquel y que representó en Madrid Sara Bernhardt no hace mucho, se limita á reflejar, en su desarrollo, algo del carácter trágico que tuvo la vida privada de la gran actriz.

Era Adriana Lecouvreur hija de un sombrerero muy pobre, muy iracundo y que murió loco. La niña contaba trece años, cuando, como por juego, resolvió encargarse, en una compañía de aficionados, del papel de Paulina en el drama *Poliuo*: vestida con ropa que le prestó la doncella de una señora rica, sorprendió al público «por un modo de recitar enteramente nuevo.» La novedad del modo de recitar de Adriana consistía en la naturalidad y la verdad: entonces los cómicos declamaban enfáticamente, cantaban y adoptaban posturas estatuarias. Aquella humorada decidió de la suerte de Adriana: el actor Le Grand la enseñó, la preparó y le buscó contrata para los teatros de provincia, escuela donde los actores noveles se forman hoy como entonces.

Caracterizaban á Adriana el sentimiento, la pasión, el decoro y la delicadeza: su alma se reflejaba en su escuela de declamación, y prestaba calor de verdad en sus labios, á los acentos de Fedra, de Andrómaca y de Roxana. Eran en la Lecouvreur serios y entrañables los afectos, y como sentía, así recitaba, transmitiendo su emoción á los espectadores. Faltábale energía y chorro de voz; poseía las cuerdas suaves y conmovedoras.

En los primeros años de sus correrías en provincia, Adriana encontró ocasiones y peligros de que no pudo defenderse; pero no servía para la vida galante, porque quería de veras, y padecía y se quebrantaba su salud cuando recibía desengaños. Soñaba con la constancia y el matrimonio; pero el destino le reservaba mayores agitaciones en París.

Su gran talento dramático, su sencillez, su deliciosa naturalidad, el senimiento contagioso que rebosaba de su voz y de sus actitudes, la elevaron en poco tiempo al primer puesto entre las actrices de su época, y á pesar de la envidia, fué saludada reina del género fino, raciniano puro, y de la comedia de carácter. Su índole generosa y franca se hizo superior á las intrigas y á las rencillas de entre bastidores, y su entendimiento y distinción le abrieron las puertas de la alta sociedad; tuvo por amigos y amigas al duque de Richelieu, al conde de Caylus, á la duquesa de Maine, á la duquesa de Gesores, á hombres célebres, á damas honestas y linajudas; en su casa se celebraban cenas donde chispeaban la agudeza y la discreción; y Adriana cifraba su orgullo, no en trastornar cabezas, sino en saber sentir é inspirar la amistad, «á pesar de su profesión y de su sexo.» En aquel entonces, Adriana evitaba cuidadosamente los extravíos sentimentales, y vivía con suma regularidad y orden, sin una deuda, sin una falta.

La desgracia, para acercarse á ella, tomó la forma del conde Mauricio de Sajonia, mozo ilustre y gallardo, hijo reconocido de Federico Augusto, elector de Sajonia y rey de Polonia. Era Mauricio un caballero aventurero, con porvenir de héroe y esperanzas de rey. La sociedad parisiense le mimó, le festejó, le puso de moda en pocos días; Adriana, lisonjeada por sus homenajes, se consagró á pulir y dulcificar su condición y sus costumbres, á inspirarle gustos selectos y

aficiones artísticas. Los vicios vulgares, la brutalidad soldadesca de Mauricio, se corrigieron con el trato de Adriana, que había adivinado — escribe uno de sus biógrafos — al héroe bajo la corteza ruda del sármata. «Puede decirse del vencedor de Fontenoy — añade el mismo escritor — y de su bella institutriz, que con ella aprendió todo, menos el arte de la guerra, que conocía por instinto, y la ortografía, que no llegó á poseer jamás.» Por eso decía con gracia Mauricio: «Parece que ahora quieren hacerme académico, lo cual me sentaría como una sortija á un gato.»

Varios años duró la intimidad entre Mauricio y Adriana, y la actriz tuvo que sufrir infidelidades y accesos de frialdad; pero, prendada y rendida de veras, supo conservar á su lado al inconstante. Había entonces en París una duquesa, la de Bouillon, asaz liviana y antojadiza; y esta señora, á quien sus caprichos llevaban á frecuentar los bastidores, se fijó en Mauricio de Sajonia, y le requirió. No hizo caso Mauricio, y la Bouillon quedó lastimada en su amor propio. Aquí encontramos el punto obscuro de la biografía de Adriana Lecouvreur, la cuestión en que cuantos escribieron acerca de ella, aun sirviéndose de documentos, no han podido ponerse de acuerdo jamás. Quejábale Adriana de cólicos y de fuertes dolores intestinales, pero tenía que desempeñar el papel de Jocasta en el *Edipo* de Voltaire, y otro largo y difícil en el fin de fiesta. Representó á maravilla, pero en los entreactos se desmayó: retiróse á su casa, se metió en la cama, y cuatro días después se supo que había fallecido entre horribles convulsiones. Le hicieron la autopsia: tenía las entrañas gangrenadas. Héblase de veneno; se nombró á la duquesa de Bouillon; y un testigo coetáneo dice: «Si la señora á quien acusaba la voz pública hubiese aparecido entonces en la comedia, de fijo la echan del teatro ignominiosamente.»

¿Fué verdad lo del veneno? Repito que el punto no se ha podido esclarecer. Hay quien da crédito á la atroz venganza de la duquesa, dictada, no sólo por el rencor celoso, sino por el orgullo herido, á causa de haberla señalado con el dedo desde la escena Adriana, en una representación de *Fedra*. Existen hipótesis y conjeturas, y se evoca la figura cómica y siniestra, digna de Víctor Hugo, del abate jorobado á quien la duquesa encargó de llevar á Adriana la muerte en una caja de esmalte henchida de pastillas venenosas, y á quien, porque los remordimientos le hacían parlanchar, pusieron á buen recaudo en la Bastilla. La familia de Bouillon era poderosa é influyente en la corte, y la opinión estaba soliviantada por los rumores del crimen.

Lo indudable, lo que importa para estudiar el estado social de entonces, es la suerte que corrieron los restos de la mujer que había subyugado por medio del arte á su país, la que tenía su casa hecha un museo, la amiga de tanto personaje, la intérprete de Racine y Corneille. Mientras los criados saqueaban los armarios y se llevaban los objetos de valor, la autoridad negaba permiso para enterrar á Adriana en el cementerio de su parroquia, y disponía que, á fin de evitar habillitas, el cadáver fuese sacado de noche y sepultado sin pompa alguna. En efecto á las doce, el cuerpo de Adriana, sin ataúd, fué trasladado por dos mozos de cuerda á un coche simón, bajado en un erial no lejos del Sena, y echado en un hoyo, bajo una capa de cal viva. Hay quien dice que el sitio escogido fué precisamente bajo un guardacantón, infame columna de aquel triste sepulcro.

No tanto los actores como los literatos y los pensadores protestaron de este hecho inculcable. Voltaire, que rara vez ha solido tener accesos de sensibilidad, tuvo uno que le dictó los siguientes versos:

.....
Ils prirent de la sepulture
celle qui dans la Grèce aurait eu des autels.
Quand elle était au monde, ils soupiraient pour elle;
je les ai vus soumis, autour d'elle empressés:
sitôt qu'elle n'est plus, elle est donc criminelle:
elle a charmé le monde, et vous l'en punissez!

Y en tanto que la pobre Adriana era arrojada así, como un trapo, al basurero, ¿qué hacía el hombre por quien acaso había absorbido el veneno que enviaba una rival? Aquí sí que se echa de menos la novela: ¿la verdad es tan fea y tan antipática! Mauricio de Sajonia sólo pensó en reclamar el coche y los caballos que Adriana usaba y que le pertenecían á él. No acompañó siquiera el cuerpo á su última morada, ni guardó fidelidad á aquel recuerdo quince días. Los únicos que no olvidaron á Adriana fueron los escritores y los poetas. Pero la negra página de su entierro ha servido para infundir respeto y estimación al arte dramático.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE AYER Á HOY

No hace muchos días nos enteraron los periódicos de que una actriz francesa, Sara Bernhardt, acaba de ser condecorada por el gobierno con la Legión de Honor, distinción altísima, que á pesar de la costumbre ya inveterada que tiene Sara de recibir obsequios y de ser como una especie de ídolo para sus compatriotas, llegó á conmovérle y á vidriar de lágrimas sus ojos. El hecho de que sea condecorada una mujer, una actriz — cuando las bandas, cruces y condecoraciones se las suele reservar exclusivamente para sí el hombre, como se lo reserva casi todo de tejas abajo, — es más significativo, socialmente, de lo que á primera vista parece. La honra concedida á Sara Bernhardt sirve como de norma para apreciar lo que hemos andado en poco más de un siglo y las transformaciones de la vida contemporánea.

Actores y actrices eran, en la sociedad antigua, mal mirados y tenidos por gentes que se lucraban de una profesión en cierto modo infamante. Reuníanse, para mantener esta preocupación, ideas de dos órdenes: el social y el puramente religioso. Las primeras enseñaban que el divertir y recrear á los demás es oficio que envilece; y no distinguían entre diversión y diversión. Las segundas infundían la creencia de que el teatro, resto y reliquia de las épocas de paganismo, relaja las costumbres é incita á pecar. El miedo al arte y á sus seducciones y prestigios no ha desaparecido aún; y triste es reconocerlo, si no en tanto grado como el teatro, la literatura, y en especial la recreativa y bella, y la novela en primer término, son todavía un espantajo para mucha gente apocada y de miras estrechas, de esa gente que no puede hacerse superior á la atmósfera en que respira, y contra la cual un día el padre Coloma se encendió en ira literaria.

No bastó para rehabilitar al teatro y á los actores, ni el origen litúrgico y eclesiástico del teatro moderno, nacido de los *misterios* que se representaban en los atrios ó dentro del templo mismo; no bastó el torrente de gloria que sobre la escena derramó nuestra musa en los siglos de oro; no bastó la inspiración seráfica de los *Autos sacramentales*; no bastó la afición decidida de algunos monarcas españoles y franceses á la literatura dramática, ni la instalación de escenarios en la misma corte, ni la protección que dispensaron á actores y autores, ni el trato familiar que llevaron con ellos. La posición del actor y de la actriz en sociedad siguió siendo anómala y falsa, muchas veces humillante; y en la última hora de la vida, cuando á tantos próceres y poderosos que han oprimido al mundo con sus delitos, sus vicios, su injusticia ó su inepticia, se les hacen ostentosos funerales y se les erigen ricos mausoleos con encomiásticos epitafios,